

SOLÀ, Joan: *Episodis d'història de la llengua catalana*, Barcelona, Empúries, 1991, 188 pp.

Una mención paratextual puede dar cuenta de la elección de un aspecto más metodológico que significativo como *detonante* de esta reseña; en efecto, el encabezamiento del título (*Episodis...*) encuentra plena justificación en un libro que pretende reunir, en palabras del autor, «vuit treballs d'història interna i externa de la llengua...» (p. 7). La amplitud y diversidad que se derivan de este anuncio dificultan la tarea de rastrear una carga de contenido común a todo el volumen; éste, sin embargo, ofrece una impresión de unidad poco corriente en obras recopilatorias. Es por ello que la descripción del trabajo (que no sólo conjunto de trabajos) debe comenzar por el método, responsable en gran medida de esa homogeneidad. Sin lugar a dudas, dos de los rasgos comunes a todo el libro son el rigor y la serenidad con que se trata cada uno de los capítulos, de tan diversa índole, por otra parte. Consecuencias directas de ello son las constantes llamadas a la prudencia y, lo que es aún más elogiable, la práctica científica de esa prudencia; así por ejemplo, el autor evita aventurar hipótesis o extender consecuencias más allá de donde lo permite la estricta sujeción a los datos lingüísticos. Sirvan tres botones como muestra; es, en primer lugar, el caso de las explicaciones substratísticas en el campo de la dialectología, donde todo tipo de hipótesis externas a la lengua han prosperado a lo largo de los años y no sólo en el ámbito de la lingüística catalana. Dentro de ella, Manuel Sanchís Guarnier defendió durante años la importancia del substrato prerromano en la configuración del dominio lingüístico catalán; sin embargo, en *Aproximació a la història de la llengua catalana* (Barcelona, Salvat, 1980) prefiere recurrir a la intensidad de la romanización, e incluso a la eventual ausencia de ésta, para justificar los mismos hechos (p. 56). Con todo, se percibe en el volumen una cierta *nostalgia* del substratismo (pp. 32 y 75, por ejemplo). Por su parte, Antonio M. Badia i Margarit, cuya opinión es también objeto de repaso en estos *Episodis...*, cree detectar ya en la primera mitad de la década de los sesenta una clara decadencia de la teoría de los substratos prerromanos, por lo que toma una postura tajante al respecto (pp. 51 y 52 de *La formació de la llengua catalana*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1981). Es precisamente a Badia i Margarit a quien Josep M. Nadal y Modest Prats dejan la

responsabilidad de rechazar la hipótesis substratística, pues tras haber considerado «suggestiva» la posición de Sanchís Guarnier (p. 47 de su *Història de la llengua catalana*, Barcelona, Edicions, 62, 2.ª ed., 1983), recurren a una larga cita del trabajo anterior para manifestar sus dudas al respecto (p. 48). Frente a todo ello el autor de estos *Episodis...* se muestra así de contundente: «el substrat, almenys a les Illes [...] es presta benignantment a omplir el buit amb què es troba l'investigador» o «[...] les hipòtesis de què disposem ofereixen poca versemblança objectiva» (p. 23). En segundo lugar enarboła la prudencia a la hora de encararse con el catalán escrito en fuentes escolares de los siglos XVII y XVIII. Rehuye explícitamente transponer al ámbito fonológico las conclusiones del campo de la ortografía, ya de por sí inseguras, a la vez que advierte de la especificidad de la lengua escrita al valorar los datos de los restantes componentes de la Gramática (p. 38). Es, por último, el ejercicio de la prudencia el que motiva la revisión pausada y sin ánimo de polémica (aunque no siempre, como se verá más abajo) que el autor emprende de determinados problemas u obras de la lingüística catalana decimonónica. No deja de ser significativo que algunos de los autores revisados en estos capítulos figuren también en la *Història del català* de Lluís Cabruja *et al.* (Barcelona, Columna, 1987). El autor descubre entonces un ambiente excesivamente viciado por disputas personalistas que amortiguan el valor de los avances científicos. El propio autor recuerda con gracia que «qui més crida és qui menys escolta, i així, el senyor Bofarull va ignorar la troballa del seu contrincant [Milà i Fontanals] [...]» (p. 141). Lo preocupante de esta cuestión es que disputas del tipo de las anteriores se entablan entre individuos que toman la lengua como objeto, pero que carecen de la formación lingüística necesaria para hacer útil la contienda, como demuestran estas citas: «[...] el nostre autor [Nonell] desconeix *per complet* l'estat de la romanística i els seus procediments» (p. 157, cursiva del autor); o «[...] aquesta gramàtica [*Gramàtica de la Llengua Catalana*, manuscrito de Agustí Rius] descansa en un cert raonament lògic-semàntic elemental i el més sovint subjectiu» y, refiriéndose a la misma obra y a alguna de sus contemporáneas «[...] és plena de febleses, com la immensa majoria de les contemporànies seves» (p. 178); por último, «Pel que fa a ideologia, mètode i procediments, Rius pertany a la majoria mediocre d'autors que escrigüeren sobre gramàtica catalana durant el segle XIX i principis del XX» (p. 177). Con este ambiente, no es de extrañar que el autor pueda construir todo un capítulo de su libro (concretamente el cuarto) con los argumentos esgrimidos por facciones opuestas de la lingüística catalana de la época, campo en el que, por otra parte, el autor de este volumen trabaja ambiciosamente en la actualidad. La inutilidad de la batalla queda trágicamente clara cuando el autor es capaz de demostrar que, desde un punto de vista estrictamente lingüístico, los autores utilizan caracterizaciones «[...] no sempre exclusives de l'una o de l'altra [variantes] ni sempre prau clares» (p. 100), es decir, que ni siquiera desde el punto de vista descriptivo se alcanza una exhaustividad atendible.

Es posible que en este punto el lector avisado haya llegado a la conclusión de que aquello que se presentaba como signo metodológico sea a la vez marca inequívoca de contenido; en efecto, la serenidad, la prudencia y el rigor metodológicos hasta ahora descritos son responsables de la concepción y desarrollo de los trabajos recogidos en este volumen y hasta de la selección de los mismos para el conjunto. Como nota común presenta la mayoría de ellos una voluntad diáfana de combatir los errores típicos de una lingüística claramente precientífica y cargada (e incluso recargada) de consideraciones ideológicas, la cual, además, se desarrolla en un ámbito singularmente problemático. No en vano los lingüistas catalanes del siglo pasado se las habían de ver con una lengua *de tradición interrumpida*, es decir, con un objeto de ciencia que durante varios siglos había dejado de mostrarse como tal. Los autores del siglo XIX eran conscientes de esta circunstancia, como lo prueba el hecho de que en ocasiones Milà i Fontanals declare que su interés por la lengua catalana es más *arqueológico* que de otro tipo (pp. 144 y ss.) o las siguientes palabras de Joan Montserrat i Archs, recogidas por el autor de estos *Episodis...*, en la página 114 (cursiva

para este reseña: «[...] la llengua nostra tal como se quedá quant *l'hipnotizaren* en lo punt en que més plena de salut estava?» o poco más abajo: «[...] lo seu posat [de la llengua] que tenia abants de sa *anestesia* [...]». No obstante esta conciencia de la situación, los autores del siglo pasado no fueron capaces de esquivar las consecuencias de ese *paréntesis* y se perdieron en disputas de escaso valor lingüístico (por ejemplo ortográficas), como lo demuestra el hecho de que el autor del volumen pueda resumir las consecuencias verdaderamente útiles para la lingüística en apenas dos páginas (la 100 y 101). Para este aspecto resulta especialmente clarificador el hecho de que el castellano, aún habiendo sufrido numerosas disputas ortografistas a propósito de las reformas académicas, no deba soportar un debate tan estéril y que la última palabra sobre la cuestión *podiese* llevar marchamo oficial (Real Decreto de 1844). Todos los problemas de este tipo se ven trágicamente agravados por la situación diglósica en que se desarrolla la polémica. El propio Milà i Fontanals da pie al siguiente párrafo: «el català ja només podia servir per a la poesia popular, per a la poesia còmica i a tot estirar per a la sàtira política» (p. 145). Debe recordarse además, como lo hace Germán Colón en la página 50 de *El español y el catalán, juntos y en contraste* (Barcelona, Ariel, 1989), que el catalán ya mantuvo una especie de relación diglósica con el provenzal antes de hacerlo con el castellano. La situación diglósica posibilitó la aparición de *escuelas* lingüísticas defensoras de la mayor oralidad posible en la lengua escrita y de la mayor vulgaridad posible en la lengua hablada, factor de distorsión que debe ser tenido muy en cuenta a la hora de juzgar actitudes como la de Milà i Fontanals hacia su propia lengua.

Sería injusto no dedicar unas palabras a los resultados positivos de las fracciones de lingüística catalana revisadas en este volumen. En especial, el capítulo dedicado a Milà i Fontanals está redactado en términos muy elogiosos; en concreto, sus aportaciones a la fonética histórica catalana, a la partición dialectal del territorio catalanoparlante y a la acentuación gráfica en catalán continúan vigentes. Cada uno de los restantes apartados permite detectar, convenientemente destacada, la importancia del autor en cuestión y la justificación de su inclusión en un libro de historia de la lengua catalana. Resulta particularmente agradable reconocer en la doctrina decimonónica algunos de los avances supuestamente más recientes de la teoría lingüística; es el caso de las formas subyacentes propuestas por la fonología (o morfofonología) generativa, para las cuales se encuentran antecedentes en al menos dos capítulos del volumen en cuestión: el sexto, dedicado a la obra gramatical de Jaume Nonell (p. 159) y el octavo, consagrado a la lengua universal de Vicent Verdú (p. 186). El paralelismo resulta aún más impactante cuando esas *protoformas* subyacentes se someten a la acción de reglas —«lleis» (p. 159)— de, en ocasiones, marcado carácter antiintuitivo, carácter compartido, también en ocasiones, con las reglas fonológicas generativas. El propio Verdú pretende (p. 187) haber creado, antes de mediar el siglo pasado, es decir, antes del nacimiento de Saussure, una lengua basada fundamentalmente en la articulación del lenguaje y cuya principal característica es la simplicidad, elemento también presente a la hora de valorar la adecuación descriptiva de aproximaciones generativas a hechos de lenguaje. Hay también alguna nota que recuerda a los procesos de tematización y re tematización de la sintaxis actual en el capítulo séptimo, correspondiente a Agustí Rius (p. 178). La adquisición de segundas lenguas y, en fin, ciertas nociones de psicolingüística se encuentran esbozadas en los capítulos tercero y séptimo, si bien es cierto que a veces puede resultar jocoso lo peregrino de algunas de las teorías cognitivas expuestas. En el ámbito puramente lingüístico, el trabajo previo a las nociones de sistema y estructura (*cf.* la definición de Hjelmslev, por ejemplo) puede llevar a actitudes tan chocantes actualmente como ésta: «[...] Nonell no cerca pas les regularitats de la llengua, contràriament al que ell ens ha dit: li plauen més les irregularitats, la casuística de la selva que per ell i per a ell era el català medieval» (p. 161).

Los que hasta ahora han sido destacados como rasgos metodológicos y significativos más

relevantes del volumen, es decir, la medida y la sujeción a los datos lingüísticos, se muestran tanto más decisivos cuanto que los pocos baches de que adolece el libro son achacables al abandono de tales rasgos. Así, por ejemplo, el autor recuerda con cierta sorna (p. 76) a los puristas castellanos, opuestos a la introducción de elementos léxicos franceses en el castellano; sin embargo, los igualmente puristas catalanes, contrarios a cualquier marca castellana en la lengua catalana, no son tratados de forma similar. Esta actitud roza lo sospechoso cuando las valoraciones de los componentes léxicos castellano y francés en el catalán se hacen en términos muy diversos (pp. 45 y 51 respectivamente), sin recurrir, como sería de esperar, al diferente peso estadístico de ambas lenguas para justificar esa diferencia de tratamiento. Germán Colón (*op. cit.*, p. 78-79) muestra cómo el castellano y el catalán, éste por influencia de aquél, difieren al unisono de las innovaciones léxicas del resto de la Romania. Por otra parte, ya para terminar, el autor no consigue siempre eludir la tentación de reconocer lo distintivo en lo distinto; es decir, en ocasiones (p. 42, por ejemplo) se elimina el valor de determinados datos lingüísticos por su presunta castellanización. Este aspecto estaba, paradójicamente, presente en las pugnas lingüísticas decimonónicas revisadas en el libro; así en el editorial de la revista *L'Avens* transcrito parcialmente en la página 115: «que llengua y propia es la que parlém, fins ressentintse y tot d'influencias estranyas». Más autocrítico resulta este anónimo de la misma revista: «Hem preferit el dialecte més antagonic de l'espanyol [...] i això és el nostre tort» (p. 126). En fin, es posible que se lleve a celebrar el segundo centenario de esta polémica, como, por otra parte, registra Germán Colón (*op. cit.*, p. 45).

OSÉ LUIS SANCHO SANCHEZ

BLANCO, Carmen: *Literatura galega da muller*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 1991.

La *literatura de mujer* en España, ha producido muy pocos estudios críticos. La mayoría de las aportaciones han sido opiniones aisladas en favor o en contra, coincidentes en señalar la dificultad o la imposibilidad de su existencia, o incluso de su caracterización, lo que evidentemente no ha favorecido ni su estudio ni su desarrollo. En otras ocasiones se le ha tildado de *moda* y por lo tanto pasajera, basándose en el llamado *boom literario*, la publicación masiva o la llegada de los premios, a lo que también han ayudado las numerosas antologías recogidas bajo criterios de interés para las empresas editoriales: relatos eróticos, relatos fantásticos, poesía, selecciones de cuentos, etc. Por todo ello, las repercusiones han sido *cuantiosas*: congresos, jornadas, numerosas colecciones, librerías para su venta, incluso una editorial ocupada íntegramente en su difusión. Si el auge de esta literatura es indudable hay un coto vedado, sobre el que las incursiones han sido meras aportaciones parciales: la *literatura de mujer* como hecho literario, ausente de cualquier otra implicación, y su reconocimiento como tal por la crítica literaria.

La mayoría de los estudios publicados se han limitado a ofrecer bajo un título sugestivo (*Discurso, teoría pragmática, femenina o feminista*) una serie de ensayos sobre ciertas obras o autoras, en períodos concretos o marcos históricos específicos, para rescatar del olvido los nombres de escritoras o para manifestar la sumisión o represión de las mismas. Muy pocas veces se ha logrado, tras los anteriores procesos de análisis, conseguir una propuesta descriptiva e idiosincrásica del hecho literario. Esta realidad científica no se corresponde con la realidad socio-económica que representa esta literatura. La respuesta a esta discordancia es enormemente significativa.

Uno de los pocos trabajos que más ha aportado a la realidad literaria de la que nos estamos